

## Afectividad de la memoria y de la corporalidad ante la destrucción del patrimonio industrial mexicano

Affectivity of memory and corporality in the face of the destruction of the Mexican industrial heritage

Yuzzel Alcántara Ceballos<sup>1</sup>

**Resumen:** El objetivo de esta investigación es analizar la relación entre la destrucción arquitectónica y la memoria corporal de quienes habitaron el lugar antes de ser destruido. Se puntualiza en la manera como el entorno arquitectónico destruido puede influenciar y modificar experiencias colectivas de pertenencia. Se inicia revisando las aproximaciones recientes con las cuales los geógrafos han conceptualizado lo arquitectónico: la Teoría del Actor-Red y la teoría de los afectos, desde las cuales los edificios no son visualizados como objetos inertes sino como objetos que "hacen cosas". Se reconoce que ambas aproximaciones no han explorado lo suficiente la experiencia corporeizada, el papel de la subjetividad humana ni de los recuerdos y memorias en la mediación de los afectos al contacto con arquitecturas y no-humanos del presente. Mediante el caso de estudio de un área fabril mexicana demolida, se muestra cómo los afectos de los restos materiales (atmósferas de destrucción) son intersectados por otro tipo de afecto que reúne la corporeización de encuentros pasados: el acecho. Co-habitar la post-demolición ha significado demarcar *fronteras afectivas* como límites mentales-corporales que les posibilita a los habitantes continuar su trabajo emocional afectivo ante el desvanecimiento de memorias y sentimientos de pertenencia.

**Palabras clave:** afectividad; destrucción; ex obreros mexicanos; memoria; patrimonio industrial.

**Abstract:** This paper analyzes the relationship between architectural destruction and the body memory of those who inhabited the place before it was destroyed. It is focused in the way in which the destroyed architectural environment can influence and modify collective experiences of belonging. It begins by reviewing the recent approaches with which geographers have conceptualized architecture: the Actor-Network Theory and the theory of affects, from which buildings are not viewed as inert objects but as objects that "do things". It is recognized that both approaches have not sufficiently explored embodied experience, the role of human subjectivity, or of memories and reminiscences in the mediation of affects in contact with architectures and non-humans of the present. Through the case study of a demolished Mexican manufacturing area, it is shown how effects of material remains (atmospheres of destruction) are intersected by another type of affect that brings together the embodiment of past encounters: haunting. Co-inhabiting post-demolition has meant demarcating *affective borders* as mental-bodily limits that enable the inhabitants to continue their emotional-affective work in the face of the fading of memories and feelings of belonging.

**Keywords:** affectivity; destruction; mexican former workers; memory; industrial heritage.

**Artículo. Recibido:** 12/11/2021 | **Aprobado:** 10/05/2021 | **Publicado:** 30/06/2021

<sup>1</sup> **Afiliación Institucional:** Universidad Nacional Autónoma de México, México. **Correo electrónico:** yuzz307@hotmail.com. **ORCID:** <https://orcid.org/0000-0003-2609-639X>. Arquitecta y crítica literaria, estudió su maestría en la Universidad Nacional Autónoma de México. Obtuvo mención honorífica en sus tesis de licenciatura y de maestría por la UNAM y por el INAH. Miembro del Laboratorio GEE-MX Grupo Estudio de las Emociones UNAM. Becaria Conacyt en el Instituto Mora.

## Introducción

El siguiente texto tiene como propósito contribuir a los estudios de afectos y emociones que desde el giro afectivo se han hecho sobre geografías de lo arquitectónico. Se apoya en la Teoría del Actor-Red de Bruno Latour (2008) por un lado, y por otro, en las reflexiones teóricas sobre los afectos y la nueva materialidad hechas por geógrafos como Nigel Thrift (2008, 2004), Ben Anderson (2004, 2005), Peter Kraftl (2008) y Peter Adey (2008). Si bien, ambas aproximaciones han destacado el papel que tiene la materialidad en la vida humana cotidiana, han abordado con mayor profundidad el papel de la primera sobre la segunda (Jacobs, 2006; Jacobs et al. 2012), y muy poco lo que sucede con la experiencia humana en relación con la materialidad (Rose et al. 2010). Con base en ello, primero se analiza con mayor detenimiento la dimensión de lo corporeizado, trayendo a un primer plano las experiencias humanas y lo que se entrama en ellas: memorias, sensaciones, afectos, emociones, juicios y sentimientos, en relación con lo arquitectónico. En tanto no se ha encontrado literatura que explore cómo afectan los edificios destruidos la experiencia de pertenencia en comunidades, sino sólo se ha estudiado la capacidad afectiva de lo edificado sobre los individuos, como segunda aportación, se muestra cómo los afectos y restos materiales producidos por actos de demolición son capaces de alterar sensibilidades, subjetividades colectivas de pertenencia y vivencias emocionales comunes.

Usualmente estudiada como representación cultural, poseedora de símbolos culturales y reflejo de los valores de una época, las aproximaciones más-allá-de-la-representación han reconocido en la arquitectura un tipo de materialidad activa, animada y performativa (Jacobs et al., 2012; Yaneva, 2012), capaz de tener efectos, modificar comportamientos, potenciar estados de ánimo, hacer sentir cosas o mover emocionalmente a los cuerpos, en una palabra, afectar (Thrift, 2008; Kraftl y Adey, 2008; Rose et al., 2010). Así, la arquitectura ha dejado de ser entendida como una forma o contexto inerte donde suceden cosas y tiene lugar la acción humana, para analizar el co-performance que se produce a través de la interacción entre personas y espacios arquitectónicos. Con base en lo anterior, lo arquitectónico se ha mirado como evento: "arquitectura evento es [...] ver la arquitectura como el producto de muchos incidentes, algo vital y performativo, mucho más que como un simple contexto construido para la acción humana y mucho más que sólo el producto de actividades humanas" (Jacobs, 2012, p. 128).

Si bien las investigaciones mencionadas se apoyan en esta nueva óptica de lo arquitectónico, difieren en la conceptualización del afecto y en la manera de entender la subjetividad humana. Por un lado, los análisis arquitectónico-geográficos inspirados en la sociología latourea se han remitido a la noción

de agencia distribuida (Bennett, 2010) y de ensamblajes contingentes de elementos heterogéneos (Latour, 2008), para dar cuenta de cómo la materialidad de los edificios responde a una reunión diversa de asociados y asociaciones continuamente en formación (Jacobs et al., 2012; Lozoya, 2018). Sus resultados han subrayado que las prácticas cotidianas, el performance y la corporeización forman parte de dichos ensamblajes, constituyéndolos o modificándolos.

Sin embargo, pese a señalar que los edificios y los humanos se co-constituyen a través de prácticas socio espaciales (Jacobs, 2006), poco han profundizado en cómo es que el humano experimenta, corporeiza y siente dicho co-performance. Por otro lado, las geografías afectivas, partiendo de la noción de afecto como cualidad pre-cognitiva, que es inexpresable y autónomo (Thrift, 2004, p. 63), y que por ende precede al pensamiento reflexivo (McComarck, 2003), evaden la participación de la subjetividad humana en mediar el potencial de los afectos. Al hacer hincapié en que el afecto se localiza en el espacio intermedio que genera la relación entre cuerpos (Pile, 2010, p. 8), siendo el resultado activo de un encuentro que aumenta o disminuye la habilidad de los cuerpos para actuar (Thrift, 2004, p. 62), entienden al humano sólo como cuerpo y no como sujeto que también actúa sobre dicho encuentro. Ello ha dado como resultado que en las geografías afectivas la subjetividad humana se reduzca a procesos inconscientes que operan antes del pensamiento reflexivo y consciente (Rose et al., 2010, p. 345).

Pese a que en el siguiente análisis, el sujeto tampoco se concibe como una entidad preformada, fija, universal ni estable, nos distanciamos del entendimiento de la subjetividad humana encontrada en el trabajo de los geógrafos de los afectos. En el caso de estudio que se presenta, se demuestra cómo la presencia y perdurabilidad de experiencias humanas pasadas, como mediaciones que interrumpen los afectos en espacios en destrucción, contradicen la espontaneidad y presentismo de la definición del afecto. Es decir que, este análisis explora dos asuntos que han quedado pendientes en las geografías de la arquitectura. Por un lado, explora el papel que tiene la memoria sensible, como parte constitutiva de la subjetividad humana, en mediar los encuentros afectivos entre las personas y la materialidad arquitectónica, así como en predisponer o condicionar las reacciones emocionales que dichos encuentros puedan producir. Y por otro, muestra la influencia que el potencial afectivo de lo destruido tiene sobre la experiencia de pertenencia y subjetividad humana.

## Geografías de la destrucción

El giro afectivo y el nuevo materialismo han disparado, entre otras, la investigación de los espacios construidos, sus atmósferas, diseño, red de actores y prácticas con el fin de conocer en qué grado los afectos de su materialidad (luces, muros, instalaciones, superficies) pueden o no influenciar y manipular comportamientos (Thrift, 2004, 2008), conductas y experiencias humanas. Esta vía de análisis no se ha detenido a mirar cómo trabajan los afectos en espacios post-demolición, quizá porque se subestima su potencial afectivo en la manipulación y cambio de comportamientos humanos. Sin embargo, como se argumentará, al ser espacios donde previamente hubo un diseño arquitectónico determinado, atmósferas particulares y fueron habitados, abren dos posibilidades de exploración del afecto; la primera invita a su exploración a largo plazo a través de aquello que ha quedado sedimentado en la memoria corporal y mental; la segunda a observar el afecto mediante el contacto inmediato con ruinas y fragmentos de edificios destruidos que confrontan los recuerdos, experiencias, conductas y juicios de subjetividades colectivas pre-demolición.

Los estudios de geografías de arquitectura de espacios edificados han generado un buen número de etnografías sobre los denominados 'big things': centros comerciales (Degen et al., 2007), aeropuertos (Adey, 2008), bibliotecas (Lees, 2001), o torres de departamentos (Baxter y Lees 2009; Jacobs et al. 2012), entre otros. Estos trabajos han buscado dar cuenta de los procesos, eventos, interacciones y elementos que mantienen a esos grandes edificios como una cosa coherente, integrada y cohesionada, más tampoco han problematizado qué es lo que sucede cuando estas grandes cosas dejan de estar integradas, y pasan a constituir un nuevo ensamblaje: la destrucción.

A su vez, de acuerdo con Rose et al. (2010, p. 337), estas geografías afectivas han mostrado poco interés analítico en cómo es que las subjetividades y los sentimientos forman parte de eso que cohesionan y mantiene integradas a las 'big things', ello como parte del desinterés en asuntos de subjetividad humana que se ha vuelto común en los estudios sociológicos de la ciencia. Si bien han expuesto la red de actores humanos y no-humanos y las asociaciones que constituyen, posibilitando el funcionamiento cotidiano de las 'big things':

[...] la capacidad de un edificio para permitir que el habitar tenga lugar [...] emerge constantemente a través de continuos, dinámicos encuentros entre edificios; sus partes constituyentes; y espacios, habitantes, visitantes, diseño, ergonomía, trabajadores, planeadores, personal de limpieza, técnicos, materiales, performances, eventos, emociones, afectos y más (Kraftl y Adey, 2008, p. 214).

El asunto de las emociones y los sentimientos que conforman el vínculo entre los habitantes y los edificios en los que viven, ha quedado pendiente pues es sólo mencionado y no explorado a profundidad.

De igual forma se identifica un escaso análisis respecto a cómo la memoria intersecta dichos sentimientos y experiencias emocionales. En los sitios donde existen grandes áreas destruidas, las experiencias de momentos del pasado, recuerdos y memorias afloran en constante conflicto, mediando la relación afectiva entre los humanos y su entorno destruido. Qué se olvida o qué se recuerda es la cuestión que entra en disputa con el pasado hecho cuerpo frente a un presente donde cierta materialidad arquitectónica ha quedado ausente pero aún se siente. En pocas palabras, los conflictos emocionales producidos por geografías destruidas emergen a través de lo corporeizado que hace de lo ausente una presencia acechante. Se muestra que el estudiar cómo trabaja lo ausente pero presente como mediación afectiva en geografías de destrucción importa en tanto puede revelar nuevos aspectos de la vivencia urbana emocional cotidiana de grupos de personas que cohabitan con este tipo de materialidad.

¿Cómo reaccionan colectivos de humanos ante la destrucción y desaparición de objetos edificados que tenían la capacidad de cohesionarlos pero ya no están allí?, ¿pueden los actos de demolición alterar sensibilidades colectivas?, ¿puede su ausencia actuar como fuerza espectral en la vivencia emocional del lugar?

### **Fábricas textiles mexicanas**

Las ex fábricas textiles actualmente demolidas (desde 1990 a la fecha) en varios puntos del territorio mexicano fueron edificadas durante el régimen del Porfiriato –a finales del siglo XIX. Y en la segunda mitad del siglo XX fueron modernizadas para fungir como la base económica del modelo de sustitución de importaciones (1940-1970). Sin embargo, a partir del movimiento geoeconómico propiciado por el Tratado de Libre Comercio (TLCAN) en 1994, estas áreas industriales quedaron obsoletas. Aproximadamente una década después, comenzaron a implementarse estrategias (emocionales, económicas, políticas) para impulsar la extracción de capital de estas áreas abandonadas. Como parte de dichas estrategias se realizaron demoliciones, ventas irregulares y expropiaciones de terrenos circundantes a las fábricas que les pertenecían a las comunidades obreras.

La destrucción funcionó como excusa a la especulación inmobiliaria, dando lugar a la creación de nuevas atmósferas y diseños espaciales arquitectónicos que han romantizado la realidad del pasado industrial y obrero para su uso comercial en una economía basada en la venta de experiencias. Nuevos hoteles que

mercantilizan el deseo de dormir en una fábrica: “único hotel ubicado en una fábrica con habitaciones en forma de barrica”; o exclusivas galerías de arte que promueven experiencias románticas opuestas al pasado obrero de explotación laboral y a su contexto actual de pobreza: “los muros de mi estudio aún conservan las marcas de las máquinas de la fábrica, esas marcas que en sí considero arte”, son algunos ejemplos (véase Figura 1).

**Figura 1**

*Sobreposición de geografías de placer sobre geografías de carencia*



EXPERIENCIAS AL  
INTERIOR DE  
FÁBRICAS INTERVENIDAS

ALREDEDORES DE  
EX FÁBRICAS  
INTERVENIDAS

Nota: Gráfico elaborado por Yuzzel Alcántara con fotografías de la autora.

Ello ha dado como resultado una sobreposición de geografías de placer sobre geografías de explotación, despojo y abuso (Alcántara, en prensa). Estas renovaciones urbano arquitectónicas (nuevos espacios del placer) han entrado en disputa con la memoria sensible de las comunidades obreras generando controversias políticas en distintos puntos del país (véase Figura 2). De los 20 casos identificados, 11 se encuentran en estado de destrucción y 9 ya han sido convertidos en restaurantes gourmet, hoteles temáticos, exclusivas galerías de arte, plazas comerciales y torres de lujosos departamentos. Ambos escenarios han territorializado conflictos de memoria, qué memoria se impone y cuáles se desvanecen, es la batalla que ha definido el sentido de habitar una comunidad obrera.

**Figura 2**  
Puntos de controversia política en el territorio mexicano frente a la destrucción de fábricas



Nota: Gráfico elaborado por Yuzzel Alcántara.

## Caso de estudio: Fábrica San Bruno, México

La fábrica del barrio obrero de San Bruno, Xalapa, México, fue demolida y desmantelada en el 2013. Inmediatamente los habitantes se agruparon para defender la fábrica como acto de protesta y apropiación del espacio. En el 2015 se separaron por conflicto de intereses y desde entonces la fábrica es recibida de forma ambivalente, provocando tanto sentimientos de conexión como de repulsión. Los restos arquitectónicos de la destrucción son una cualidad diferencial de su espacio urbano, demarcado por muros emocionales y mentales que he denominado fronteras afectivas. Sin embargo, dichos restos les han permitido continuar con un trabajo afectivo emocional que les permite manejar los afectos de la destrucción, memorias sensibles y ausencias presentes (acecho).

## Método

El método para explorar la co-constitución y co-performance del humano con la materialidad de una edificación demolida combinó dos de los métodos desarrollados recientemente para abordar la multiplicidad y las dimensiones emocionales de la experiencia humana: el recorrido en sitio (go-along) practicado por Kusenbach (2003) y el foto-diario/foto-entrevista de Latham (2003). Como han argumentado Lee e Ingold (2006), caminar con la gente, vivir y moverse como los otros lo hacen puede acercarnos al entendimiento de cómo es que las otras personas perciben sus entornos multisensoriales y constituyen lugares mediante sus prácticas (Anderson, 2004, p. 255).

Por ello, el trabajo de campo consistió en 13 recorridos en el sitio de la destrucción con 13 obreros que trabajaron y habitaron la fábrica entre 1960 y 1990 (año en que clausuró). Se puso mayor atención a la manera en la que las huellas de la demolición ocurrida en 2013: escombros, moho, vidrios rotos, losas hechas añicos, hierba, goteras, piedras, vigas de fierro oxidadas, y muros derruidos provocaban sus sentidos y disparaban memorias, emociones, sentimientos y juicios. Durante los recorridos, los participantes tomaron fotografías de aquellas partes que les llamaron la atención o les provocaron algo, este archivo fotográfico fue utilizado durante las entrevistas con el fin de identificar qué de las fotografías era lo que los había cautivado. Las entrevistas estuvieron caracterizadas por pausas, trastabilleos, movimientos del cuerpo y lenguaje de señas, ceguera, pérdida de audición y pérdida de memoria. Dichas cualidades son ya un dato que revela la experiencia corporeizada de la demolición.

En los fragmentos de las entrevistas que se presentan los nombres de los ex obreros fueron omitidos para respetar el acuerdo de confidencialidad entre la investigadora y los obreros colaboradores, ello debido a los conflictos que

subsisten por la propiedad de los bienes inmuebles. Sólo se señala su edad con el objetivo de proporcionar una referencia que pueda serle útil al lector.

### **Memoria, acecho y lo virtual**

“El borrado de un objeto nunca se completa. Siempre hay un efecto, un rastro que se transmite por su ausencia” (Hetherington, 2004, p. 168)

“[...] creo útil suponer que el cuerpo recuerda de otro modo, fuera del ámbito de lo discursivo-comunicativo, aunque siempre conectado y conectable con él” (Huffschmid, 2013, p. 115)

La memoria ha sido poco trabajada en el campo de las geografías de la arquitectura. Mediante su enfoque en el “aquí y ahora [...] [y] lo que aún no es” (Anderson, 2005, p. 649), las geografías de los afectos han dicho poco respecto a lo que “ha sido o habrá sido, y sus relaciones con el presente” (Rose et al., 2010, p. 345) . En su estudio sobre el centro comercial Milton Keynes (‘big thing’), Rose et al. (2010) difieren del concepto de afecto propuesto por Anderson (2004, 2005) en el cual los juicios son el resultado del impacto del afecto sobre el cuerpo, es decir que emergen momento después del impacto. Por el contrario, para Rose (2010) los juicios pueden disminuir o aumentar el impacto del afecto en sí.

En las entrevistas con usuarios del centro comercial encontré que los afectos de su materialidad a menudo eran juzgados en comparación con otros centros comerciales que los sujetos habían visitado previamente, de manera frecuente, dichas memorias les permitían hacer juicios sobre la experiencia del centro comercial: “los juicios pueden contrarrestar los afectos [...] así como las emociones y memorias pueden dar lugar a diversos juicios y evaluaciones de un afecto” (Rose et al., 2010, p. 346). Argumenta que es necesario explorar más el papel que tiene la memoria y los encuentros pasados en mediar el potencial afectivo de los edificios.

Hay otra línea de investigación que desde el giro afectivo ha trabajado con mayor profundidad la cuestión de la memoria y el legado del pasado corporeizado en los sujetos humanos, esta línea corresponde a los estudios patrimoniales. Trigg (2012) ha explorado los diversos modos en los cuales la materialidad interactúa con “el hacer memorias” (82) y el posicionamiento de “nosotros mismos en relación con el pasado” (98). Waterton y Watson (2015), Waterton y Dittmer (2014) y Micieli-Voutsinas (2017) han estudiado el papel que tienen los encuentros del pasado y los elementos no-humanos en la experiencia sensorial de diversos sitios históricos y museos, registrando su capacidad para moldear experiencias fisiológicas y psicológicas de los lugares. Crang y Tolia-

Kelly (2010, p. 2315) han enfatizado que la memoria moviliza y promueve cierta organización de sensibilidades y afectos, impulsando o no el sentimiento de inclusión cívica. En el presente análisis, se retoma esta preocupación por conocer cómo los cuerpos no-humanos pueden mediar la memoria y experiencia presente de los humanos, desafiando el sentimiento de pertenencia y cohesión ciudadana. El sitio escogido, en vez de ser un sitio patrimonial es un sitio urbano destruido, y en vez de tratar con usuarios y visitantes, los sujetos son los habitantes.

## Acecho

¿Cómo pueden los espacios arquitectónicos alguna vez habitados, ahora destruidos, retornar y acechar la experiencia espacial emocional cotidiana del presente?

En tanto el lugar de análisis es un espacio donde existió una fábrica ahora ausente, el punto de entrada hacia el hacer memoria es a través de lo que ya no está, ¿pero se siente como tal?, en los recorridos realizados, eso ausente continúa presente en los cuerpos. Por ello, resulta adecuado retomar los planteamientos que se han hecho respecto a la presencia de la ausencia: el acecho. El acecho permite pensar los afectos que emergen en los límites entre lo edificado y lo destruido, entre lo presente y lo ausente a la vez, permite de igual forma, extender la vida de los encuentros del pasado al momento actual y reconocer su impacto afectivo.

Para Avery Gordon, el acecho es un tipo de afecto: “el fantasma es sólo el signo, o la evidencia empírica, si se prefiere, que señala que el acecho está teniendo lugar [...] ser acechado nos mueve afectivamente” (Gordon, 2008, p. 8). Para Gordon (2008), el acecho materializa experiencias pasadas de pérdidas, de asuntos no resueltos, deudas no saldadas que retornan al presente para afectar nuestra experiencia y subjetividad humana, causando conflicto en tanto demandan tregua. El acecho tiene lugar cuando aquello que se ha perdido, “aquello que parece invisible o bajo las sombras [...] aquello que parece ausente puede, de hecho, ser una presencia conflictiva e incómoda” (Gordon, 2008, p. 17).

Para los obreros que habitaron la fábrica, la demolición de sus edificios fue sentida como una pérdida que ha conflictuado su experiencia subjetiva de pertenencia a su barrio: “es sentirse que uno ya no encaja, demolieron los edificios, destruyeron todo, nos han quitado todo, espacios que en el barrio ya no tendremos jamás”. La vivencia urbana después de la demolición está entramada con la presencia de lo que pareciera en primera instancia ausente, retomando a Hetherington: “las relaciones socio [espaciales] son performadas

no sólo en torno a lo que está allí sino también en torno a la presencia de lo que no está" (Hetherington, 2004, p. 159). Eso que ya no está actúa como afecto que media el sentimiento de pertenencia al lugar.

Para Thrift (2008, p. 121) la práctica cotidiana de habitar: "siempre genera un correlato espectral de posibilidades no actualizadas", por ende, los espacios-tiempos son siempre acompañados por sus espectros, los cuales ensayan "la presencia activa de las cosas ausentes" (Dening citado por Thrift, 2008, p. 121). A su vez, es importante mencionar que: "[...]Primero, porque casi todos los espacios llevan la carga de su pasado [...] Tercero, debido a que los espacios-tiempos [...] generan muchos de los posibles no actualizados, sin los cuales no pueden dejar su huella, ni ser sentidos y registrados" (2008, p. 121).

Lo anterior implica que las posibilidades afectivas de espacios y edificios arquitectónicos habitados pueden desplegarse en el habitar cotidiano presente con el potencial afectivo de sus espectros. Luego, habitar arquitecturas implica haber corporeizado algo que en algún espacio-tiempo tendrá la posibilidad de devenir en una sensación, un recuerdo, una emoción o un afecto: "atender las cuestiones del afecto permite que los encuentros con los espacios tengan una vida y fuerza posterior y precedente y más allá del pensamiento representacional reflexivo y deliberativo" (McCormack, 2003, p. 490).

Mas, en el caso de la fábrica, la destrucción conflictúa lo corporeizado de los encuentros pasados frente a la ausencia de una materialidad que sienten debería seguir presente:

[...] ya no quiero recordar, se sentía feo, era triste ver cómo el edificio se iba deteriorando, poniendo feo y nadie le daba mantenimiento, ya no quería ver cómo se arruinaba. Y luego lo demolieron, ese edificio había sido la vida de muchos, de ahí levantamos a nuestros hijos e hicimos nuestras casas, y ahora simplemente quedan escombros, ya no está aquí. (Comunicación personal, ex obrero, 73 años).

Es un tipo de afecto que los acecha pues, en términos de Gordon (2008), demanda su deuda no saldada aún.

Los aportes de Kevin Hetherington (2004) han permitido entender el acecho como un momento dentro de una serie de diferentes etapas por las que transcurren los cuerpos no-humanos en la vida humana. La relación entre cualquier no-humano y el humano, propone Hetherington (2004, p. 159-160), no está definida por una trayectoria temporal lineal, en la cual el objeto se crea, produce, consume y desecha, sino que se trata de un proceso de desplazamiento en donde las etapas o estadios de dicha trayectoria se dan de

manera atemporal, no lineal, compleja y dinámica, pasando por eventos de suspensión, retorno, remoción, almacenaje y acecho. Por ejemplo, los objetos que se adquieren no siempre se usan y después se eliminan, sino que son guardados en diferentes espacios al interior de una casa, puede ser en un refrigerador, en el ático, en algún cajón, o en una posición visible, así, más que ser desechados, los objetos son desplazados transitando por diferentes espacios.

La elección respecto a dónde colocarlos está en función de qué tanto se quieren en contacto con el cuerpo, dependiendo de la relación afectiva que se haya creado con éstos. Así, una fotografía puede colocarse en un portarretratos sobre la mesa de sala o puede almacenarse en una caja con más fotografías en el guardarropa. Ello no significa que las fotografías de la caja estén olvidadas y no sean parte de nuestra memoria, sino que se han colocado en un espacio en suspensión del que después pueden ser removidas para retornar a un espacio más cercano con mayor agencia corporal:

[...] se mueven entre un estado de presencia y ausencia y al hacerlo son transformados, aparentemente desaparecen sólo para retornar una vez más e inesperadamente, y quizá en un lugar diferente y de diferente forma. Ellos pueden venir e irse, aparecer y desaparecer, pero al hacerlo, permanecen (Hetherington, 2004, p. 162).

Al permanecer, la materia y las cosas no pierden sus capacidades afectivas: “lo ausente puede tener agencia independientemente de la intencionalidad humana” (Hetherington, 2004, p. 167). Ello significa que mover las cosas representacionalmente a un estado de ausencia, puede también hacerlas no-representacionalmente presentes.

## Lo virtual

¿Puede la memoria sensible estar articulada por encuentros pasados con espacios arquitectónicos, mas no ser una construcción fija sino en continuo cambio que posee la capacidad de devenir reclamando un nuevo trazo de límites entre la materia y la sensibilidad humana?

El enfoque no-representacional se sostiene sobre la noción de virtualidad elaborada por Deleuze y Guattari (2004, p. 98) quienes argumentan que la materia sigue un desarrollo ausente como una continuidad alternativa, virtual y sin embargo real. Para Massumi (2002) lo virtual es una multitud apremiante de potencias que están empezando a desarrollarse y pueden o no volverse actuales. Luego, hay una distinción entre lo virtual, lo actual y lo real. Para

DeLanda (2015), las capacidades de afectar pueden ser reales sin necesariamente ser actuales, es decir, son virtuales:

Lo virtual no se opone a lo real, sino a lo actual. Lo virtual es totalmente real en la medida en que es virtual. De hecho, lo virtual debe definirse estrictamente como parte del objeto real, como si el objeto tuviera una parte de sí mismo en el objeto virtual (Deleuze citado por DeLanda, 2015, p. 17).

Es decir, los objetos y las cosas pueden tener una especie de triple vida, existir en el plano virtual, mediante potencias e intensidades que están por devenir, cuando devienen son actuales, y en ambos casos son reales. Por lo tanto, hay un desarrollo ausente y continuo que los espacios arquitectónicos, al igual que los objetos, pueden seguir de manera virtual, por momentos, devenir actuales, pero siempre reales.

Si dicha trayectoria que los espacios arquitectónicos siguen en el plano virtual, no es necesariamente actual, ello significa que pueden ya no existir físicamente, pueden estar destruidos, pero ello no define ni condiciona su presencia en el plano virtual. Los espacios y edificios arquitectónicos también pueden suspenderse, removerse, almacenarse y retornar, nunca olvidarse del todo, y al devenir actuales pueden afectar el comportamiento humano, sensaciones y emociones del presente.

Puede pensarse entonces un tipo de memoria virtual en donde se archivan los edificios arquitectónicos alguna vez habitados, acumulando potencial para devenir y actualizarse. Sostengo que la memoria no es tanto lo que se olvida o se recuerda, sino lo que se desplaza. Memoria es el resultado de un conjunto de desplazamientos que los espacios y objetos ejecutan para llegar a ser actuales. Lo que llamamos memoria, como tal, es sólo la punta del iceberg sostenida por desplazamientos que acontecen entre el plano virtual y actual. En otras palabras, lo que no está en la punta, no está olvidado sino desplazándose. Volviendo al ejemplo de las fotografías, el hecho de no tenerlas en un espacio visible en el habitar cotidiano, no implica que las hayamos olvidado. Sólo han sido trasladadas a un espacio desde donde se evita que se pierdan físicamente para siempre. No obstante, incluso perderlas o desecharlas no significaría que ya no se les recuerde jamás.

Desplazar es también ordenar ausencias, colocar límites y marcar fronteras entre los no-humanos y el cuerpo humano, para manejar sus afectos y poder hallar tregua con sus respectivos espectros o potenciales virtuales. Con ello no quiero decir que dichos actos de desplazamiento se hagan conscientemente, sino que son parte de prácticas cotidianas que los humanos realizan representacional y

no-representacionalmente. Cuando las ausencias no se encuentran como presencias inesperadas (acecho), puede decirse que dichos actos de desplazamiento para demarcar fronteras han funcionado adecuadamente (Hetherington, 2004).

Al manejo de la distancia espacial, traducida en proximidad, cercanía o lejanía, y del impacto que los afectos arquitectónicos puedan seguir en la vida del habitante, es lo que aquí llamo trabajo de demarcación de fronteras afectivas. Busco mostrar cómo estas fronteras van más allá de lo simbólico, no sólo son delineadas por la diferencia discursiva y representativa entre subjetividades colectivas, sino que emergen de un mundo material arquitectónico a través del contacto con los humanos.

En esta última parte ejemplifico cómo la relación conflictiva entre humano y edificio destruido ha delineado fronteras afectivas, que se han erigido como muros mentales y corporales dentro de su experiencia urbana cotidiana.

### **Arquitecturas corporeizadas: habitar con espectros**

¿Qué fronteras afectivas el habitante se ve obligado a trazar para convivir con la destrucción de lo arquitectónico corporeizado?, ¿a qué distancia espacial han colocado los espacios habitados para mediar sus afectos y no sentirlos como presencias acechantes?, ¿cómo tales fronteras dirigen emociones ambiguas y sentimientos de conexión o repulsión que experimentan mediante el encuentro con su entorno destruido?

A través de recorridos realizados en el sitio de destrucción se identificaron cuatro manifestaciones de memorias corporeizadas que entraron en conflicto al contacto con el lugar, demandando una demarcación de fronteras: atmósferas corporeizadas, memorias de recorridos espaciales, cicatrices y sueños, y los restos de lo que ya no está. Dicho conflicto sostiene una relación afectiva ambivalente entre obreros y entorno destruido, por un lado les provoca sentimientos de conexión: cariño, alegría, afinidad; y por otro, les provoca sentimientos de repulsión: sentirse expuesto, enojo y disgusto.

### **Atmósferas corporeizadas**

Entramos al sitio de la destrucción, espacio donde aún quedan en pie algunos muros, columnas y partes de losas demolidas. Puesto que todavía no han sido retiradas, caminamos pisando montañas de escombros para llegar a los cuartos que se veían al fondo. Nos dirigíamos al salón de hilados y tejidos, el salón donde se ubicaron los telares, de los pocos cuartos donde la losa no fue derribada, al entrar en contacto con este espacio, ahora sombrío, habitado por

el eco de las goteras, con charcos sobre sus pisos y muros grafiteados, los obreros volvían a vivenciar atmósferas pasadas como presentes a través de sus sentidos. Volvían a sentir la luz, a sentir el calor, a sentir su cuerpo habitando esa espacialidad oscura, con escasa iluminación y saturada en polvo:

[...] en el día entraba un rayito de sol por ese hoyito y se veía oscuro de todo el polvo que había aquí adentro, yo no sé cómo todavía estamos vivos, no se imagina la cantidad de polvo que respirábamos, todo este espacio estaba lleno de polvo, difícilmente podías mirar al compañero de al lado (Comunicación personal, exobrero, 68 años).

De inmediato identificaban el sitio exacto donde ellos, si habían sido tejedores, habían trabajado. Les causaba alegría, gusto y satisfacción sentirse cercanos al punto espacial en donde pasaron gran parte de sus vidas:

aquí es donde yo entré a aprender a trabajar, aquí, en esta esquinita de aquí, aquí entré, aquí empecé. Me estoy acordando, ¡qué calor sentíamos aquí! (pausa), estábamos sudando (mueve manos hacia la cara), cómo sudábamos aquí (Comunicación personal, exobrero, 68 años).

No obstante, tal recuerdo se contrapone con la sensación incómoda de volver a experimentar el calor de ese espacio, un calor que los hacía sudar durante todo el día y durante años. Un sudor al cual su cuerpo se amoldó con el fin de no hacer de esta sensación un diario sufrimiento. Para que la producción de tela se realizara de manera eficiente, los espacios contaban con las instalaciones necesarias para optimizar los parámetros de temperatura y humedad. Cuando el clima era poco húmedo, una red de vaporizadores aumentaba la humedad relativa para que el hilo no se rompiera. Ello daba como resultado una atmósfera semejante a un sauna, es decir, con una humedad alta que mantenía a los tejedores sudando.

Los espacios fabriles se caracterizaron por el ruido, un ruido ensordecedor generado por el movimiento de las lanzaderas de los telares, movimiento que también producía vibraciones constantes: "todavía me acuerdo que era yo chavo y oía el ruido de los telares estando aquí, casi a 1km de distancia, se oía el ruido de los golpeteos de las máquinas" (Comunicación personal, ex obrero, 55 años). Los obreros tuvieron que idear otros medios para poder comunicarse al interior del salón, el primero, un lenguaje de señas, el segundo, el uso de colores: "como había mucho ruido y vibraciones siempre nos hablábamos por señas en todo" (Comunicación personal, ex obrero, 61 años). Esta atmósfera ha quedado grabada en su memoria corporal. Hoy en día les es difícil hablar sólo con palabras, los obreros textiles usan su cuerpo cuando hablan, mueven los

brazos, las manos o hacen señas para acompañar lo que están expresando. Así, el lenguaje de señas es muestra de cómo el habitar este espacio arquitectónico incorporó nuevos hábitos a sus repertorios corporales de expresión.

El acecho de la explotación y abuso que allí vivieron emergía sólo en el salón de telares, al sentir su presencia el llanto aparecía, y con las lágrimas, sentimientos de rechazo hacia la fábrica:

[...] se quedaba uno días, meses, cuando salía uno, ya era lunes o ya era martes [...] me preguntaban si me iba a quedar otro día, yo les decía que no, yo ya tengo 2 o 3 turnos, y entonces me decían que tenía que quedarme. Y chillaba, porque ya no podía (lo dice con voz entrecortada y llanto). (Comunicación personal, exobrero, 61 años).

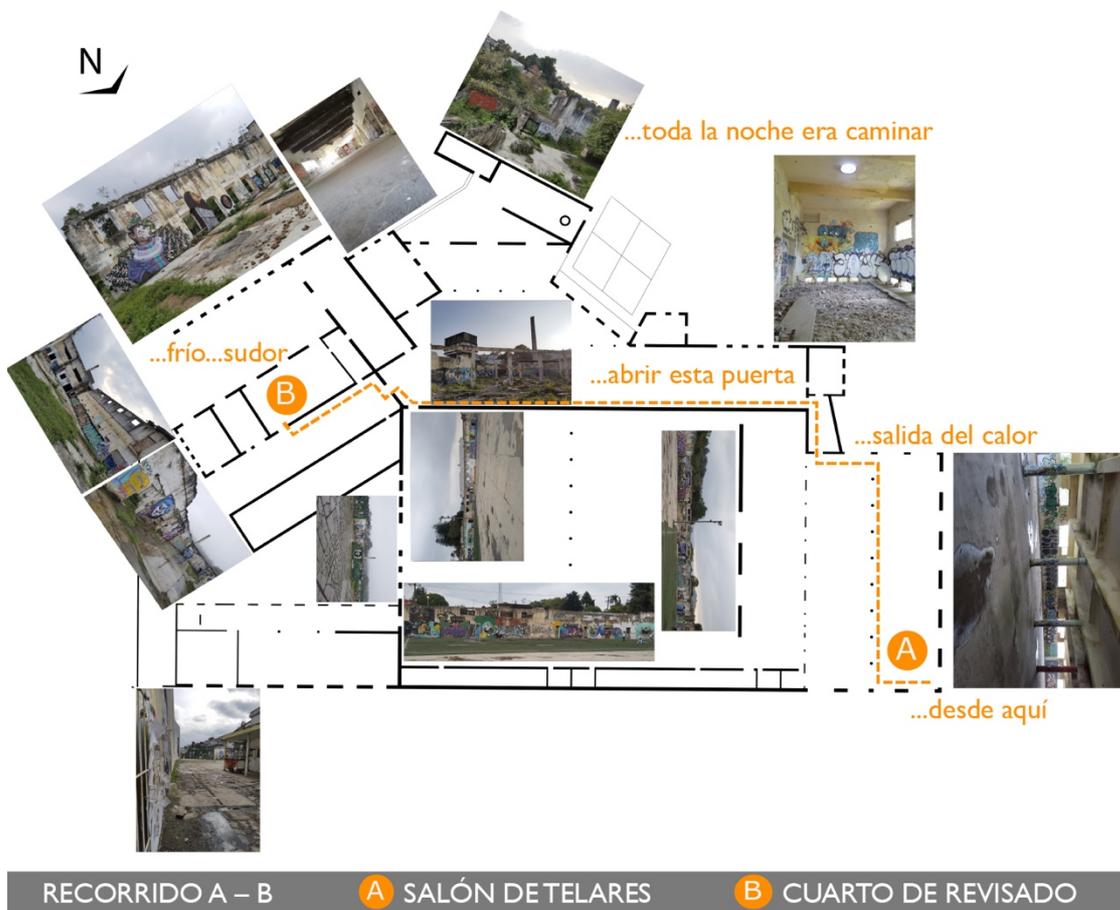
Atmósferas constituidas por ruido, vibraciones, humedad, temperatura, y un sentido de desorientación temporal emergen como reacción afectiva del salón de telares. Y al emerger, emergen con ellos afectos que los mueven hacia sensaciones de llanto e impotencia.

### **Recorridos espaciales: haciendo memoria**

Continuamos caminando hacia otros espacios, cuando nos movíamos de un punto a otro, se detonaban en los obreros memorias de sus recorridos espaciales. Estos recorridos del pasado quedaron archivados en su memoria como eventos virtuales que en el momento de la visita se actualizaron a través de los encuentros con los restos materiales del lugar.

**Figura 3**

Recorridos corporeizados



Nota: Gráfico elaborado por Yuzzel Alcántara.

Recorrer hoy los espacios de la fábrica significa para ellos volver a sentir el acecho de los espectros que dejaron cuerpos cansados, agotados y enfermos, pero con fuerza para sobreponerse (véase Figura 3):

[...] acá era puro caminar, toda la noche era caminar, yo tenía que salir desde aquí y sacar los rollos de tela todo este pasillo, abrir la puerta ésta de acá, y era toda la noche estar dando vueltas [...] yo vivo de milagro porque esa salida del calor, y abrir esta puerta para llegar al frío, aquí se me secaba el sudor, y otra vez entraba yo a acá (Comunicación personal, exobrero, 68 años).

"toda la noche era caminar, de vez en cuando salía uno al baño y se sentaba uno unos 10 minutos y otra vez a seguir" (Comunicación personal, exobrero, 80 años).

Significa también encontrarse con lo que ya no está, ellos marcaban sus recorridos pasando por pasillos poblados de no-humanos: escombros, hierba, moho, superficies oxidadas, vidrios rotos y olor a orines. Eso que ya no está, lo

hecho ausente, continúa atrayéndolos a recorrer el sitio de la destrucción durante su cotidianidad, lo ausente como afecto que moviliza al cuerpo a hacer memoria para no dejar en el olvido: “me vengo para acá y me doy mi vueltecilla, luego me voy para allá, me gusta porque estoy haciendo recuerdos” (Comunicación personal, exobrero, 80 años). Un trabajo de demarcación de fronteras está ocurriendo, si la memoria no es tanto un asunto de recordar frente a olvidar, sino una cuestión de un continuo desplazamiento afectivo, ¿qué se desplaza y qué se emplaza?, ¿qué memorias moldean la experiencia espacial de la fábrica destruida?: “me gusta venir a la fábrica porque me encuentro amigos aquí, me pongo a platicar, es volver a vivir el pasado, recuerdo cómo trabajé aquí, yo conocía todo esto” (Comunicación personal, exobrero, 80 años).

En este caso, el afecto de la materialidad no deviene sólo de intensidades de fondo que se despliegan produciendo un reordenamiento emocional (Anderson, 2004), sino que está intersectado por encuentros con humanos y memorias que apuntalan la subjetividad humana, el sentimiento que los mueve a recorrer la destrucción no está más provocado por el afecto de los no-humanos como por el legado de eventos pasados corporeizados por sujetos humanos, cuyos “cuerpos son acechados por memorias de tiempos perdidos y lugares que quedaron atrás” (Clough, 2007, p. 4). Recorrer los espacios destruidos fue también un recorrido que los espacios hicieron sobre los cuerpos de los obreros, moviéndolos a sentir sensaciones espaciales que percibieron a través de la fábrica: calor, frío, cansancio o agotamiento.

### **Cicatrices y sueños**

La fábrica quedó inscrita en heridas corporales, en cicatrices, pérdida o disminución de la vista, la audición, pérdida de memoria y órganos del cuerpo. Los recuerdos de diferentes accidentes surgían al estar en contacto con el espacio donde habían sucedido, como en el área de cardas: “una vez se salió una lanzadera y le pegó en el ojo y se lo vació. A otro una polea. A otro compañero también, la carda le cortó un dedo” (Comunicación personal, exobrero, 82 años). Estas experiencias se han prolongado en su vida cotidiana presente a través de hábitos que moldean su percepción sensorial:

yo de este oído no oigo nada, pero no me afecté allá adentro, me afecté ahí sentado viendo la televisión, escucho como si destaparan una botella con gas (imita sonido con la boca sss), y ese sonido lo oigo de día, de noche, a todas horas, aquí lo traigo (Comunicación personal, exobrero, 68 años).

yo trabajé once años de noche y nunca pude dormir bien (pausa) ¡nunca! pero es el temperamento de cada uno, la personalidad lo que afecta,

hasta la fecha yo despierto a las 3 o 4 de la mañana y no encuentro qué hacer (Comunicación personal, exobrero, 76 años).

No obstante los conflictúa relacionar sus cicatrices con el afecto de la fábrica y por ello deciden marcar una frontera que divida ambos espacios (espacio corporal-subjetivo y espacio arquitectónico). Es decir, están haciendo un trabajo de demarcación espacial que mantenga a la fábrica sin agencia sobre la (dis) capacidad de sus cuerpos. La frontera se sostiene sobre un reproche a sí mismo, a su temperamento, personalidad y carácter, es decir, un reproche hacia su subjetividad que dificulta una relación empática con el lugar (véase Figura 4). Con ello no quiero decir que la subjetividad bloqueé los afectos pero sí interviene en su proceso de impacto sobre el cuerpo.

**Figura 4**  
Cicatrices



Nota: Gráfico elaborado por Yuzzel Alcántara.

En diferentes espacios del trayecto, la mayoría de los colaboradores narraba cómo la fábrica aparecía en sus sueños: “sigo soñándola, me sueño trabajando aquí en la fábrica” (ex obrero, 82 años); “muchos años me la pasaba soñando, siempre la soñaba, ya vivíamos allá y yo soñaba que estaba por acá” (Comunicación personal, exobrero, 83 años). Mas las escenas que relataban no necesariamente sucedían en los espacios donde nos encontrábamos, más que el edificio en sí lo que soñaban eran experiencias relacionadas con otras personas (amigos, jefes, familiares, obreros), mediante las cuales expresaban sus vínculos emocionales con la comunidad y otros habitantes de su barrio. En tanto los recuerdos de las cicatrices se disparaban al contacto con el espacio que las había provocado, los sueños emergían de manera aleatoria, qué tanto corresponde o no al afecto de la materialidad resulta difícil de determinar con precisión.

### **Restos arquitectónicos**

Las secuelas de la destrucción demandan un mayor trabajo afectivo que asegure fronteras ante un entorno urbano cambiante que confronta sus memorias: “Mire, eso de allá (señalando los locales comerciales de la gasolinera colindante) no existía, eso no existía, todo eso era de la fábrica, pero desde que la demolieron se han puesto a construir nuevos edificios como ese” (Comunicación personal, exobrero, 80 años); “todo lo que ven que no tiene techo es porque lo derrumbaron, toda esta esquina también era parte de la fábrica” (Comunicación personal, exobrero, 60 años).

Si hacia otros espacios de la fábrica los obreros experimentan conexión y empatía es debido a que su ausencia ha sido resguardada, preservada. Sentimientos de coraje, tristeza y repulsión emergen al constatar que lo ausente fue reemplazado por nuevas presencias. Es la presencia de otros espacios arquitectónicos que se construyeron tras la demolición lo que trabaja como carga afectiva acechante. En la ausencia, los obreros aún pueden reconstruir la espacialidad pasada, sus experiencias corporeizadas, encuentran eco en su entorno aún cuando esté destruido. Lo que les provoca un conflicto emocional es que sus cuerpos ya no tengan ese espacio porque fue ocupado con nuevas edificaciones, es decir, hay memorias y experiencias en riesgo de ser destruidas porque se han quedado sin espacio para ser actualizadas y emplazadas.

Son las nuevas arquitecturas construidas sobre espacios pertenecientes al edificio de la fábrica lo que conflictúa su relación afectivo emocional, impidiendo que la demarcación de fronteras afectivas sea realizada eficientemente, pues constantemente algo las penetra, las desestabiliza y exige su reorganización. Al ser indicios materiales de lo ausente, los restos arquitectónicos se han vuelto

necesarios para que las memorias corporales continúen teniendo espacio para actualizarse. Por otro lado, son huellas del continuo despojo que han sufrido los habitantes del barrio, de allí que haya restos arquitectónicos cuya carga afectiva les resulte intrusiva y acechante. Esta sensación ambigua los ha distanciado de su entorno urbano y de otros habitantes del barrio, debilitando su subjetividad colectiva de pertenencia.

## Conclusiones

Se distinguen dos vías de análisis para hacer geografías de la arquitectura, ambas concuerdan en que deben investigarse los procesos por los cuales ciertas cosas se ensamblan produciendo edificios (Jacobs, 2006, p 3; Jacobs et al. 2012). Mas difieren en la manera en la que discuten lo humano como parte de dichos ensamblajes. En este texto se ha puesto mayor atención a lo corporeizado, ello ha permitido dar cuenta de la existencia de fronteras corporales y mentales que he denominado *fronteras afectivas*, las cuales reorganizan las experiencias urbanas de pertenencia. Explorando el afecto del acecho, he querido mostrar que la destrucción del entorno físico puede convertirse en un tipo de ausencia presente (acecho) que afecta la manera en la cual las subjetividades se co-performan con la materia. En vez de profundizar en la manera en la que las 'big things' se integran, quise mostrar que lo arquitectónico hecho ausente representacionalmente también puede mover visceralmente, aún puede sentirse porque ha quedado hecho cuerpo y grabado en la mente.

En el caso del patrimonio industrial mexicano, la huella de la destrucción quedó grabada de manera profunda en los obreros: en sus recuerdos, cicatrices y partes del cuerpo perdidas. Puede decirse que la destrucción se prolonga, no ha terminado aún pues continúa dentro de ellos. Sus testimonios muestran las rupturas y debilidades que la demolición ha causado en el lazo social de su barrio.

Ello conflictúa la vivencia que los habitantes originarios experimentan respecto a las posteriores intervenciones y renovaciones urbanas. Para esta comunidad obrera habitar con la destrucción ha implicado un manejo constante del potencial afectivo de lo corporeizado, de tal manera que no haga su aparición como espectro o agencia intrusiva. Los habitantes han reaccionado trazando fronteras afectivas con el fin de graduar la distancia que define su sentimiento de pertenencia e inclusión, emplazando y desplazando memorias. Así, estudiar los afectos desde lo corporeizado ha permitido reconocer cómo la memoria interseca y condiciona el impacto del afecto sobre la subjetividad humana.

En la re-estabilización del habitar post-demolición los restos materiales de la destrucción se han vuelto de crucial importancia. Demarcar fronteras sólo ha sido posible a través de la presencia de los restos arquitectónicos. Ello indica que se requiere de un tiempo de transición entre demolición y nueva intervención urbana, así también que dicha intervención permita que el trabajo afectivo emocional llegue a mejor término, propiciando un retorno empático de lo ausente a las prácticas socio-espaciales cotidianas.

Considero que continuar explorando la afectividad material de entornos destruidos es importante por dos cuestiones, tanto para entender cómo las subjetividades se reorganizan en relación con los restos arquitectónicos, como para poder propiciar comunidades más empáticas con los nuevos paisajes urbanos, de tal manera que las demoliciones no destruyan a su vez las memorias colectivas.

### Referencias bibliográficas:

- Adey, P. (2008). Airports, mobility and the affective architecture of affective control. *Geoforum*, no. 39, 438-451.
- Alcántara, Y. (2020). Live it to believe it: la Historia como mercancía emocional. (En prensa).
- Anderson, B. (2004). Recorded music and practices of remembering. *Social and Cultural Geography*, no. 5, 3-20.
- (2005). Practices of judgement and domestic geographies of affect. *Social and Cultural Geography*, no. 6, 645-659.
- Baxter, R. y Lees, L. (2009). The rebirth of high-rise living in London: towards a sustainable, inclusive, and liveable urban form". En: Imrie, R., Lees, L., and Raco, M. (eds.) *Regenerating London: governance, sustainability and community in a global city*. London: Routledge, 151-172.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press.
- Clough, P., y J. Halley (Eds.) (2007). *The Affective Turn. Theorizing the social*. Estados Unidos: Duke University Press.
- Crang, M. y D. P. Tolya-Kelly (2010) Nation, race, and affect: senses and sensibilities at national heritage sites. *Environment and Planning A*, no. 42, 2315-2331.
- Degen, M., C. Desilvey, y G. Rose (2007). Experiencing visualities in designed urban environments: learning from Milton Keynes. *Environment and Planning A*, no. 40, 1901-1920.
- DeLanda, M. (2015) The New Materiality, *Architectural Design*, no. 5, 16-21.
- Deleuze, G. y F. Guattari (2004) *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

- Gordon, A. (2008). *Ghostly Matters. Haunting and the Sociological Imagination*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Hetherington, K. (2004). Secondhandedness: consumption, disposal, and absent presence. *Environment and Planning D: Society and Space*, no. 22, 157-173.
- Huffschmid, A. (2013). La otra materialidad: cuerpos y memoria en la vía pública. En: Aguilar, M. A. y P. Soto (coord.) *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*. Ciudad de México: Porrúa – Universidad Autónoma Metropolitana.
- Jacobs, J. (2006). A geography of big things. *Cultural geographies*, no. 13, 1-27.
- Jacobs, J., S. Cairns y I. Strebel (2012). Doing building work: Methods at the interface of Geography and Architecture. *Geographical research*, no. 50, vol. 2, 126-140.
- Kraftl, P. y P. Adey (2008). Architecture/Affect/Inhabitation: Geographies of Being-In Buildings. *Annals of the Association of American Geographers*, no. 98, vol. 1, 213-231.
- Kusenbach, M. (2003). Street phenomenology: the go-along as ethnographic research tool. *Ethnography*, no. 4, 455-485.
- Latham, A. (2003). Research, performance and doing human geography: some reflections on the diary-photograph, dairy-interview method. *Environment and Planning A*, no. 35, pp. 1993-2017.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Argentina: Ediciones Manantial.
- Lee, J. y T. Ingold (2006). Fieldwork on foot: perceiving, routing, socialising. En Coleman, S. y P. Collins (Eds) *Locating the field: space, place and context in anthropology*. Oxford: Berg, 67-86.
- Lees, L. (2001). Towards a critical geography of architecture: the case of an ersatz Coliseum. *Ecumene*, no. 8, 51-86.
- Lozoya, J. (2018). "Giro Afectivo: una aproximación al dilema espacial de las emociones". *Bitácora*, no. 39, 34-39.
- Massumi, B. (2002) *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Durham, London: Duke University Press.
- Mieli-Voutsinas, J. (2017). An absent presence: Affective heritage at the National September 11th Memorial & Museum. *Emotion, Space and Society*, no. 24, 93-104.
- McCormack, D. P. (2003) An event of geographical ethics in spaces of affect. *Transactions-Institute of British Geographers*, 28 (4), 488-507.
- Pile, S. (2010). "Emotions and affect in recent human geography", *Transactions of the Institute of British Geographers*, no. 35, 5-20.

Rose, G., M. Degen y B. Basdas (2010). More on 'big things': building events and feelings. *Transactions of the Institute of British Geographers*, no. 35, 334-349.

Thrift, N. (2008). *Non-Representational Theory. Space, politics, affect*. London, New York: Routledge.

————— (2004). Intensities of feeling: Towards a spatial politics of affect. *Geografiska Annaler Series B*, 86 (1), 57-78.

Trigg, D. (2012). *The Memory of Place: A Phenomenology of the Uncanny*, Ohio: Ohio University Press – Athens.

Waterton, E. y Dittmer (2014). The museum as assemblage: bringing forth affect at the Australian War Memorial. *Museum Management and Curatorship*, 29 (2), 122-139.

Waterton, E. y S. Watson (2015). A war long forgotten. *Angelaki: Journal of the Theoretical Humanities*, 20 (3), 89-103.

Yaneva, A. (2012). *Mapping controversies in architecture*. London: Ashgate.